



**DIABLO**  
SEASON of  
WITCHCRAFT

Las siete  
novias de la  
Serpiente

UN CUENTO DE  
DAVID A. RODRIGUEZ

## Historia

DAVID A. RODRIGUEZ

## Ilustraciones

GARY LAIB

## Editorial

CHLOE FRABONI

## Diseño y dirección artística

COREY PETERSCHMIDT

## Asesoramiento sobre la historia

IAN LANDA-BEAVERS

## Asesoramiento creativo

MATT BURNS, BEN CHANEY, NICK CHILANØ,  
DAVID LØMELI

## Producción

BRIANNE MESSINA, CARLOS RENTA,  
TAKAYUKI SHIMBØ, VALERIE STØNE

## Agradecimientos especiales

RØD FERGUSSØN, RAFAEL TELLØ

## Traducción

GUIDØ MARCELØ BINDI, ANDRÉS URETA CERDA



Blizzard.com

© 2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor o del artista, o bien se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no tiene control alguno sobre los sitios web o los contenidos del autor o de terceros, y no asume responsabilidad por ellos.

# Las siete novias de la Serpiente

**P**ara tener libertad se necesita poder”.

Las palabras susurradas resonaban en la cabeza de Belith, y tanto el comienzo como el fin de cualquier otro pensamiento o recuerdo se sentían inexactos. Ya había superado los límites del agotamiento, pero no podía descansar. Aún no. Tenía que terminar con esto. Belith tenía las manos empapadas de sangre, a pesar de que el entramado de cortes en sus brazos y piernas era superficial, como mucho. Para cuando el cuchillo la alcanzó, parecía bañado en carmesí. Mientras volvía a retorcerse en sus manos, aún hambriento e insatisfecho, ella presionó la espalda contra la carne del enorme árbol.

¿Carne? ¿Eso era? La madera bajo la fina tela de su vestido era rígida, tosca, pero seguía pareciendo corteza. Aunque esas *pulsaciones*... Ese murmullo lento y constante que parecía reverberar desde lo profundo de la madera le grababa su ritmo en la espalda. ¿O acaso eran los latidos de las mujeres que yacían frente a ella, imposiblemente sincronizados y sonando cada vez más fuerte con cada latido que drenaba la sangre vital de sus cuerpos?

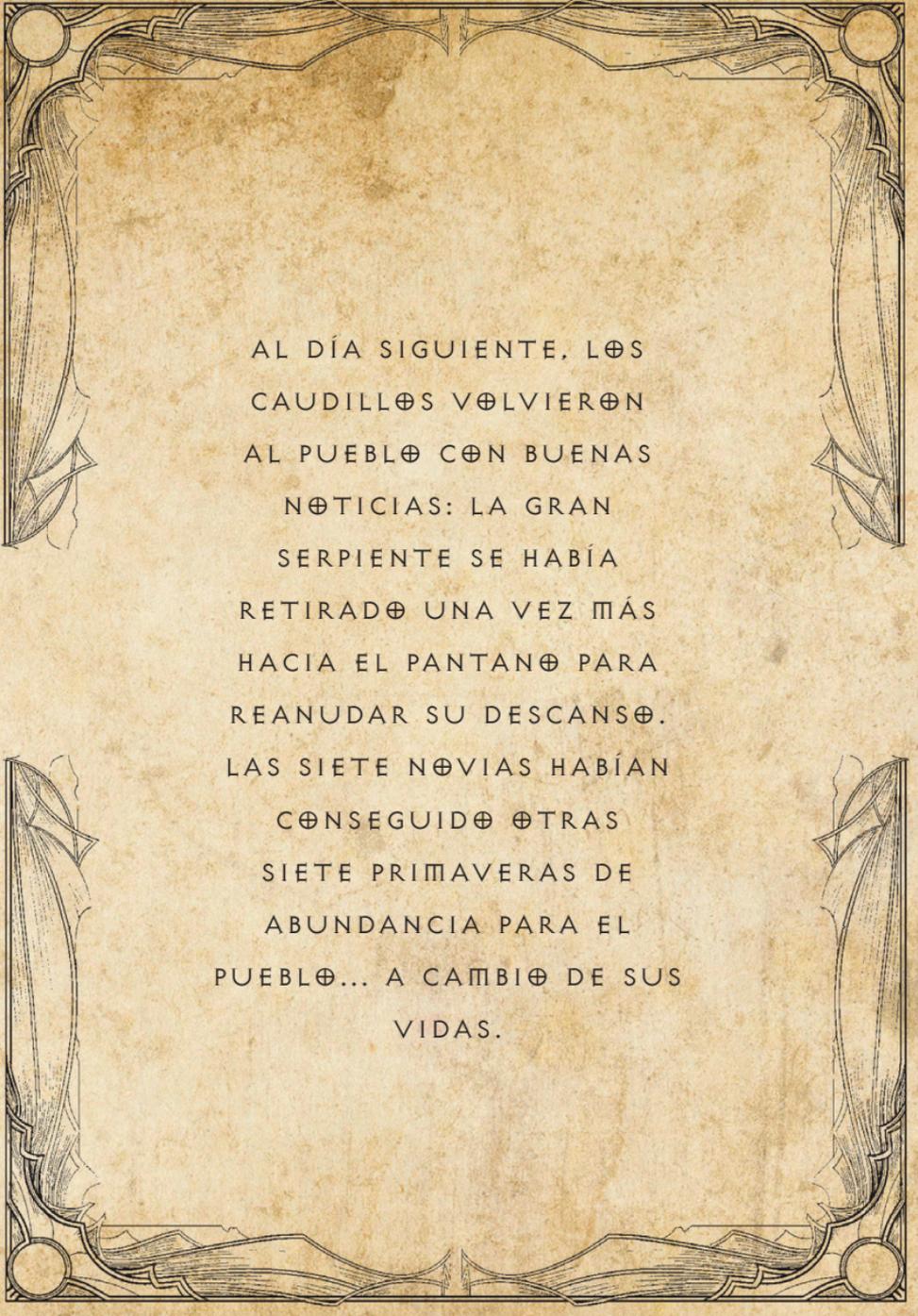
Su mirada se dirigió de nuevo a sus compañeras. La luna primaveral casi llena flotaba en el cielo y arrojaba su melancólica luz sobre las mujeres tendidas de espaldas bajo las ramas desnudas del ancestral árbol, lo que hacía que sus cuerpos

ataviados de blanco emitieran una suave incandescencia. Era una escena etérea; sus respiraciones tenues despedían vapores en la fría noche. Habrían sido un bello sacrificio para la noche del día siguiente de no haber sido por Belith... y sus planes.

Belith tenía nueve años cuando presenció su primer sacrificio. Siete doncellas con vestidos de novia habían marchado descalzas al patio exterior de la amplia mansión de los tres caudillos. Los allí reunidos, incluida Belith, miraban absortos cómo las siete novias se adentraban en las aguas cristalinas de los lindes del pueblo. El manantial era de agua clara y fría, y alimentaba a los pantanos circundantes a través de sus afluentes sinuosos. Los canales debieron de haber sido muy pequeños para la Gran Serpiente, pero, sin duda alguna, ella llegaría a recibir su ofrenda. Al menos... eso fue lo que le dijo a Belith su madre. El sacrificio era demasiado peligroso para que lo presenciaran los pobladores. Los líderes del pueblo —los tres poderosos caudillos inmortales y atemporales que habían traído a los suyos al pantano tiempo atrás— eran los únicos que presidían la ceremonia. Pero las andrajosas túnicas blancas de las novias, salpicadas con sangre, eran prueba suficiente. Al día siguiente, los caudillos volvieron al pueblo con buenas noticias: la Gran Serpiente se había retirado una vez más hacia el pantano para reanudar su descanso. Las siete novias habían conseguido otras siete primaveras de abundancia para el pueblo... a cambio de sus vidas.

Hacía mucho tiempo que los pobladores se habían resignado a sacrificar a sus hijas cada siete años. El resto de sus días, vivían a salvo y con grandes lujos. La Gran Serpiente nunca fue una amenaza, y sus tierras estaban protegidas por los pantanos circundantes. Para Belith, el hecho de que el pueblo permitiera este horror era casi comprensible, e incluso totalmente excusable. Ninguna mujer criada en el pueblo, incluida Belith, se sentía del todo a salvo de quedar seleccionada para el siguiente sacrificio.

Una vez anunciados los nombres de los sacrificios de este año, la guardia personal de los caudillos sustrajo a las siete jóvenes de sus hogares, liderada por el viejo sargento en persona. Arrearon a las mujeres y las encerraron en una cabaña pequeña que daba hacia las aguas donde se las ofrecería a la Gran Serpiente la



AL DÍA SIGUIENTE, LOS  
CAUDILLOS VOLVIERON  
AL PUEBLO CON BUENAS  
NOTICIAS: LA GRAN  
SERPIENTE SE HABÍA  
RETIRADO UNA VEZ MÁS  
HACIA EL PANTANO PARA  
REANUDAR SU DESCANSO.  
LAS SIETE NOVIAS HABÍAN  
CONSEGUIDO OTROS  
SIETE PRIMAVERAS DE  
ABUNDANCIA PARA EL  
PUEBLO... A CAMBIO DE SUS  
VIDAS.

noche siguiente. Vigilándolas no había más que un único guardia. Luego de generaciones de sacrificios y adoctrinamiento, la simple idea de resistirse sonaba ridícula. Los caudillos daban por sentado que todas obedecerían sin dudar.

Belith contaba con esa suposición cuando clavó el cuchillo de cocina de su madre en la nuca del guardia. Los sonidos de gorgoteo y ahogamiento que emitió cuando Belith y las otras novias lo arrastraron hacia adentro no llegaron muy lejos. Tras convencer a las otras novias de seguir su plan, Belith les había asegurado que el cambio de guardia ocurriría recién por la mañana.

Sin embargo, en aquella suposición sí habría de equivocarse.

No habían pasado ni dos horas desde la partida de las novias cuando comenzaron a escuchar los ruidos de un grupo de búsqueda. Exhaustas, avanzaron con dificultad entre arbustos espinosos que les desgarraban la piel y el agua lodosa que les jalaba los pies, como si el pantano estuviera empeñado en frenarlas. Cuando encontraron refugio debajo de un imponente árbol sin hojas, ya se habían resignado a que las capturasen. Las siete novias se desplomaron sobre el suelo, depositando en el lodo sus lágrimas de frustración. Su maniobra había fracasado. *Belith* había fracasado.

Fue entonces cuando oyeron los susurros.

*“Para tener libertad se necesita poder...”*

Las siete mujeres salieron de su agotamiento y miraron a su alrededor, en busca del origen de los susurros. No había nadie a la vista; una legión de voces que parecía provenir de todas partes y de ninguna a la vez.

— ¡Muéstrate! —gritó una de las novias.

Belith se apiñó con las demás, blandiendo su única arma: el cuchillo.

*“Tomen la decisión... o lo harán por ustedes”.*

Belith se dio vuelta y miró hacia arriba. Ahora estaba segura. Los susurros provenían del árbol, cuyas ramas tenían decenas de cabezas colgadas, una de las cuales ella reconoció. Era Skaylaya. O... lo que quedó de ella. Esa joven había sido como una niñera para Belith de pequeña, y la cuidaba cada vez que su madre se marchaba al pueblo. Pero habían sacrificado a Skaylaya siete años atrás.

La cabeza arrancada de Skaylaya colgaba de una enredadera marchita en el árbol. Su trenza, otrora gruesa y de color rojo y dorado, era ahora un frágil alambre deshilachado de color cobrizo. Tenía los ojos ausentes y encajados en cuencas oscurecidas, marcadas por la edad y un conocimiento espantoso. Su boca flácida, que parecía un tajo en la piel apergaminada de su pálido rostro, repetía estas palabras:

*“Para tener libertad se necesita poder”.*

Y entonces la claridad bañó a Belith como una gentil ola mientras los ruidos del grupo de búsqueda se acercaban cada vez más. Varias cabezas de este árbol eran mujeres jóvenes.

Mujeres de su pueblo.

Novias de la Gran Serpiente.

Belith contuvo el aliento mientras contemplaba los ojos ciegos de la muerta que antaño fue Skaylaya.

—*No teman* —susurró la cabeza de la joven.

—*Les compartiremos nuestro conocimiento* —dijo otra.

—*Gracias a él, conocerán el poder y la libertad.*

—*Entréguennos su sangre vital y juren servir al árbol.*

—*O vuelvan al pueblo...*

—*Y únanse a sus hermanas en estas ramas mañana.*

Ella comprendió la verdad... Todas las novias lo entendieron. Los caudillos no controlaban a la Serpiente. Alimentaban a este árbol con la sangre vital de las mujeres de su pueblo, a cambio de... ¿qué? ¿Poder? ¿Inmortalidad? ¿En algún momento fue la Serpiente siquiera una amenaza?

Belith sintió que las lágrimas le apretaban la garganta y miró a las otras mujeres. Ya sabía lo que debían hacer. Los caudillos le habían mentido a su pueblo durante generaciones, pero... ¿podrían confiar en este árbol? Y el costo...

Era demasiado alto. Ahora las mujeres la miraban a ella en busca de respuestas, de indicaciones. Ella las había convencido de escapar y desafiar a los caudillos. Si no hacía algo pronto, huirían todas hacia el pantano y de regreso al terrible ciclo de

muerter. Los caudillos ya estaban acostumbrados a lidiar con esto, pero Belith no estaba preparada para tomar este tipo de decisiones.

La mente le daba vueltas. Sentía las miradas clavadas en ella: las cabezas, las novias... Todos exigían una respuesta. Todos le exigían *más* a ella. Pero todos los caminos terminaban en sangre y sacrificios. Sangre y...

Miró el cuchillo que tenía en la mano, que aún conservaba los rastros carmesí del guardia. No había planeado qué hacer cuando lo robó; solo sabía que no quería marchar en silencio hacia su muerte. Solo había necesitado un instante de rebeldía, un instante para tomar su decisión cuando ya le habían arrebatado cualquier otra opción. Un instante para ser *libre*.

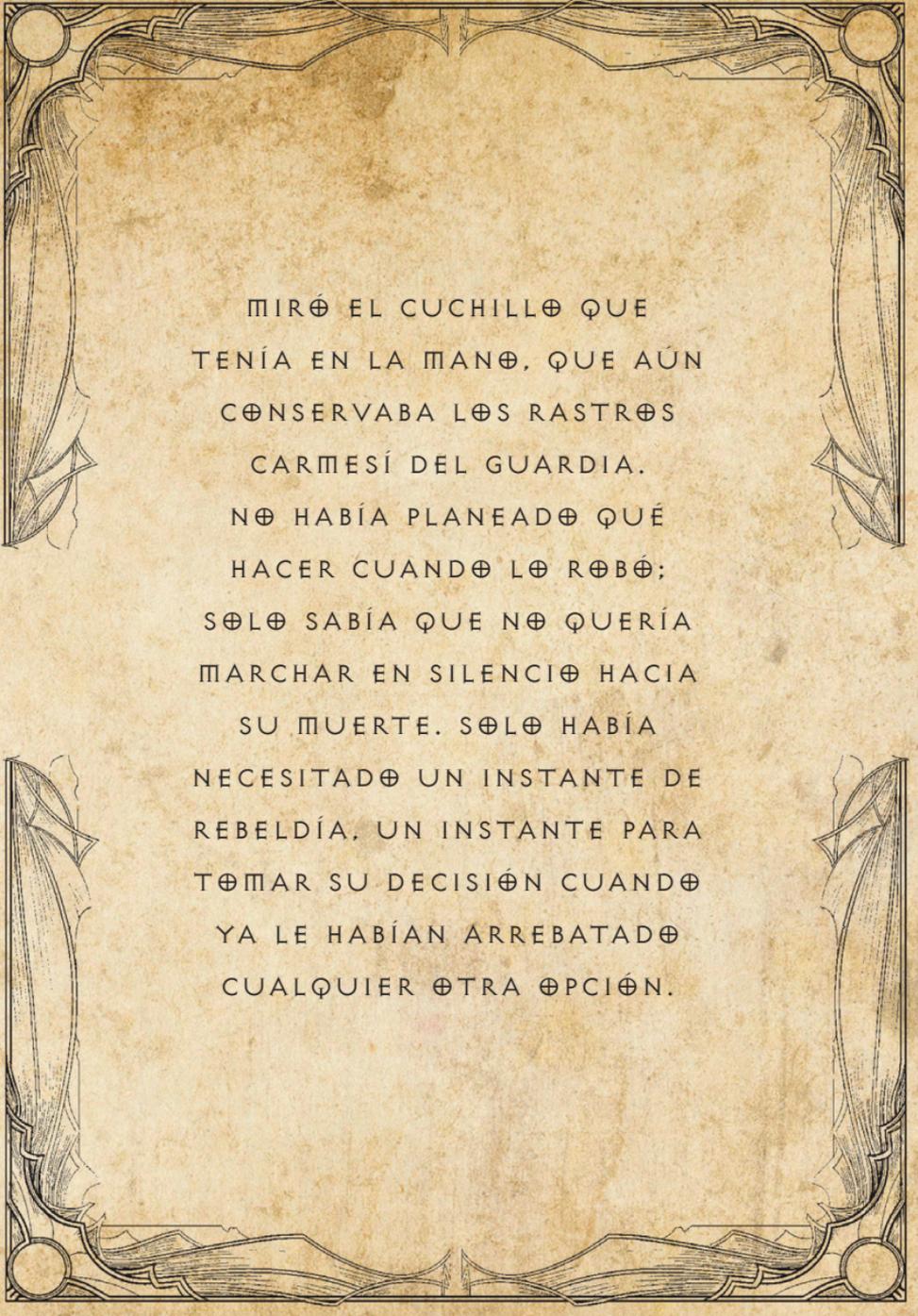
—Escúchenme —dijo con voz ronca, obligando a hablar a su garganta contraída—. Si nos atrapan, moriremos mañana. Primero, harán que paguemos por lo que hicimos, pero tengan la certeza de que primero nos harán desfilar por el pueblo como ponis decorados, nos llevarán al agua y gozarán mientras nos masacran. —Hizo un gesto hacia las cabezas en el árbol—. Ya ven a dónde lleva ese camino, lo que sucede realmente con las Novias de la Serpiente.

Belith alzó la mirada y las miró una por una.

—Sí, este árbol nos hace promesas de poder... de libertad, pero yo no puedo prometerles algo así. No sé qué ocurrirá si hacemos este trato. Podríamos morir aquí, en este pantano. Pero prefiero morir aquí, en el lodo, por mis acciones y decisiones y junto a ustedes, mis hermanas, que al servicio de esos desgraciados traicioneros. —Su voz era suave, pero estaba entretejida con seguridad y acero.

—Ya tomé mi decisión —dijo Belith—. Ahora ustedes deben tomar la suya.

Hubo un momento de silencio mientras las mujeres intercambiaban miradas y luego, sin decir una sola palabra, formaron un círculo irregular, en el que Belith marcaba el comienzo y el final a los pies del árbol. La mujer que estaba a la derecha —Belith creía que se llamaba Deno— le arrancó el cuchillo de la mano, respiró hondo y se infligió varios cortes rápidos. Belith observó, absorta, mientras las otras mujeres se turnaban con la daga y derramaban su sangre vital en las raíces hambrientas del árbol. Belith sabía que ella debía presenciar todo. Tenía que ser la



MIRÓ EL CUCHILLO QUE  
TENÍA EN LA MANO, QUE AÚN  
CONSERVABA LOS RASTROS  
CARMESÍ DEL GUARDIA.  
NO HABÍA PLANEADO QUE  
HACER CUANDO LO ROBÓ;  
SÓLO SABÍA QUE NO QUERÍA  
MARCHAR EN SILENCIO HACIA  
SU MUERTE. SÓLO HABÍA  
NECESIDAD UN INSTANTE DE  
REBELDÍA, UN INSTANTE PARA  
TOMAR SU DECISIÓN CUANDO  
YA LE HABÍAN ARREBATADO  
CUALQUIER OTRA OPCIÓN.

última para asegurarse de que no hubiera sido todo en vano.

Debía asegurarse de que el árbol cumpliera su promesa.



El viejo sargento se detuvo cuando un grito estridente atravesó la noche como una lanza. Los cuatro hombres que iban detrás de él estaban entrenados y frenaron de inmediato; con los ojos atentos, giraban el cuello en busca de la amenaza mientras dirigían las manos a las empuñaduras de sus armas. El viejo sargento escuchó y extendió la mano hacia su cara, rascando las cicatrices irregulares que lo recorrían desde debajo del peto de cuero, pasando por su cuello hasta la mejilla derecha. Había algo en el aire que le provocaba picazón en las cicatrices. Y no le gustaba.

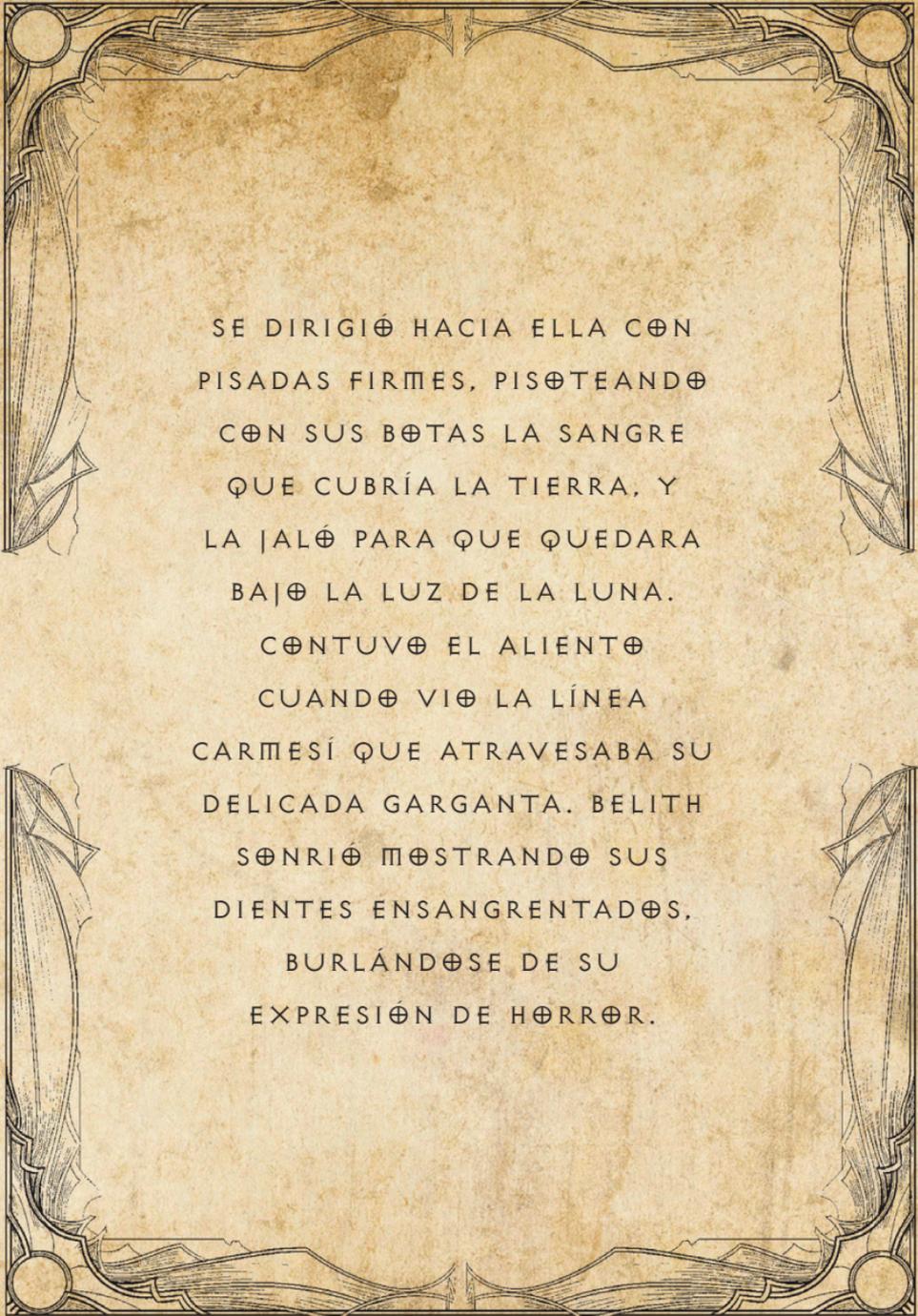
—Es solo un maldito pájaro —gruñó. Su voz sonaba a gravilla e indignación mientras les indicaba a sus hombres que continuaran siguiendo el rastro que habían dejado esas muchachas ridículas—. Sigán avanzando; los caudillos las quieren de vuelta en el pueblo antes del amanecer. —El grupo asintió con un gruñido y continuó; nadie estaba dispuesto a irritar más al viejo sargento, que a veces era cruel incluso si estaba de buen ánimo. El rastro parecía conducir hacia el único punto de referencia visible de este pantano abandonado: las imponentes ramas de un árbol muerto.

En pocos minutos llegaron al pequeño claro, donde se encontraron con el ave que los había hecho detenerse. Un cuervo, encaramado sobre una rama del árbol, se mecía y aleteaba como si estuviera riéndose del ruborizado sargento.

El anciano dirigió su mirada hacia abajo, donde se observaba una escena macabra. Caminó por entre las raíces para examinar los cuerpos de las novias y volvió a lanzar insultos cuando vio que todas estaban al borde de la muerte. Sus heridas eran muy graves, y el sanador estaba demasiado lejos. No había considerado esta posibilidad. Apretó los dientes con frustración. Los caudillos estarán disgustados.

—Llegas demasiado tarde —graznó una voz suave desde las sombras.

El viejo sargento giró y vio a Belith apoyada contra el enorme tronco del árbol.



SE DIRIGIÓ HACIA ELLA CON  
PISADAS FIRMES, PISOTEANDO  
CON SUS BOTAS LA SANGRE  
QUE CUBRÍA LA TIERRA. Y  
LA JALÓ PARA QUE QUEDARA  
BAJO LA LUZ DE LA LUNA.

CONTUVO EL ALIENTO  
CUANDO VIÓ LA LÍNEA  
CARMESÍ QUE ATRAVESABA SU  
DELICADA GARGANTA. BELITH  
SONRIÓ MOSTRANDO SUS  
DIENTES ENSANGRENTADOS.  
BURLÁNDOSE DE SU  
EXPRESIÓN DE HORROR.

—¡Tú! —le espetó—. ¿Qué hiciste? —Se dirigió hacia ella con pisadas firmes, pisoteando con sus botas la sangre que cubría la tierra, y la jaló para que quedara bajo la luz de la luna. Contuvo el aliento cuando vio la línea carmesí que atravesaba su delicada garganta. Belith sonrió mostrando sus dientes ensangrentados, burlándose de su expresión de horror.

—Ya no servimos al mismo amo —dijo con un susurro que impactó en él como un trueno—. Somos libres. —Luego de cada palabra, el árbol se estremecía. Los hombres detrás de él gritaron cuando el árbol se estiró y creció; las ramas arañaban el cielo con una vitalidad espantosa mientras la madera chillaba de agonía y regocijo. Las ramas se engrosaron y se expandieron, y las raíces desgarraron la tierra, cubriendo a los soldados en sombras.

Belith se reía mientras los hombres se echaban hacia atrás, apiñándose, pero el viejo sargento permanecía erguido. Estaba cautivado, pero no por el árbol, sino por el cuervo. Esta ave enorme había sumado su llamado penetrante a los crujidos atronadores de la madera astillada del árbol, que arañaba la luna desafiando el orden natural. El cuervo chillaba de dolor y éxtasis mientras sus huesos delicados y huecos se rompían, se curaban y se volvían a romper hasta que renació. Desplegó sus alas contra el cielo, una amplia cortina de ébano comparable a la de un águila. No existía ninguna otra ave semejante. Era imposible que existiese.

El cuervo ladeó su gran cabeza, con su ojo dorado fijo en el viejo sargento.

Ese ojo era ancestral. Y sabio. Y estaba hambriento.

Mientras los soldados huían del claro, la mezcla de graznidos del cuervo y las risotadas de Belith les seguían los pasos a gran velocidad.



Cuando la noche volvió a caer sobre el pueblo, cientos de personas se congregaron para presenciar el sacrificio. Los rumores corrían entre la multitud: chismorreos sobre las mujeres egoistas que habían abandonado su deber y las pobres siete almas que habían capturado a último momento para llevar a cabo el sacrificio nocturno. Los carros y puestos de mercado que habían albergado un festival de comida y

música a lo largo del día estaban cerrados y se sumaban al público silencioso de los eventos que estaban por desarrollarse.

Los tres caudillos inmortales y atemporales estaban de pie sobre una tarima tallada en el medio del patio de la mansión, en una escena teñida por el color rojizo de la luz que provenía de un gran brasero. Sus armaduras formales estaban ataviadas con gemas y metales preciosos que ocultaban sus rostros atemporales a las masas detrás de cascos completos y emplumados. El viejo sargento estaba de pie al costado de la plataforma, firme y recto, a pesar de los latigazos recientes en su espalda, ocultos bajo la coraza.

Los caudillos hicieron un gesto, y un silencio se apoderó de la multitud mientras las mujeres comenzaban a caminar hacia la tarima. Dos soldados engalanados que llevaban el estandarte de los caudillos lideraban la procesión de las siete doncellas con velos.

Las cicatrices del viejo sargento comenzaron a picar con intensidad creciente a medida que continuaba la procesión. Los siete latigazos profundos que tenía en la espalda, uno por cada novia que había perdido en el pantano, le ardían por el sudor, pero no se atrevió a moverse durante la ceremonia. Apretó los dientes y observó a las mujeres ordenarse sobre la tarima ante los caudillos, listas para la inspección. Las palabras que brotaban de la boca de los caudillos hablaban de la gran abundancia del pueblo y aseguraban que este sacrificio saciaría el hambre de la Gran Serpiente y otorgaría siete años más de esplendor al pueblo.

El viejo sargento ya conocía ese discurso y apenas lograba concentrarse, consumido por el malestar de sus heridas y la terrible picazón de sus cicatrices. Una picazón intensa e insidiosa. Igual que la que había sentido cuando...

*No.*

Uno de los caudillos se había adelantado y estiraba las manos hacia la doncella del medio; sus manos enguantadas levantaron los bordes del velo. El viejo sargento se lanzó hacia adelante y profirió un grito de advertencia que quedó ahogado en una nueva procesión de trompetas. ¿Qué fue lo que le dijo esa muchacha en el pantano?

Que había llegado demasiado tarde.



Belith le sonrió al caudillo desde debajo del velo levantado, con una cicatriz limpia y blanca en la garganta, palpitante y provocadora.

—El Árbol de los Susurros le envía saludos a mi señor —dijo entre dientes—. ¿Soy adecuada para el sacrificio?

El caudillo quedó paralizado ante la mirada de la joven.

—Qué pacto astuto el que hicieron con el árbol —dijo Belith—. Siete cabezas por siete veranos más. Dime, ¿fue difícil engañar a toda esta gente para que entregaran su propia carne a cambio de más longevidad para ustedes? ¿O se volvió más fácil con el tiempo?

El caudillo se echó hacia atrás y bramó, pero no pudo escapar de la tarima; las novias cerraron el círculo. Belith ignoró las bufonadas del caudillo, estiró la mano hacia su casco y lo recorrió con un dedo.

—Los simplones a los que gobiernas creen que el oro y las gemas son la riqueza de esta tierra. Pero la verdadera riqueza, la vasta e incalculable fortuna, está toda aquí dentro. —Tocó la frente de su casco para hacer énfasis.

—La Gran Serpiente era la amenaza perfecta. Sus enemigos, sus aliados, la gente de este pueblo... Todos le temían. Nadie se atrevería a aventurarse a los pantanos para desafiarlos. Nadie se atrevería a *huir*. Nadie encontraría el árbol ni descubriría *lo que... ustedes... hicieron*.

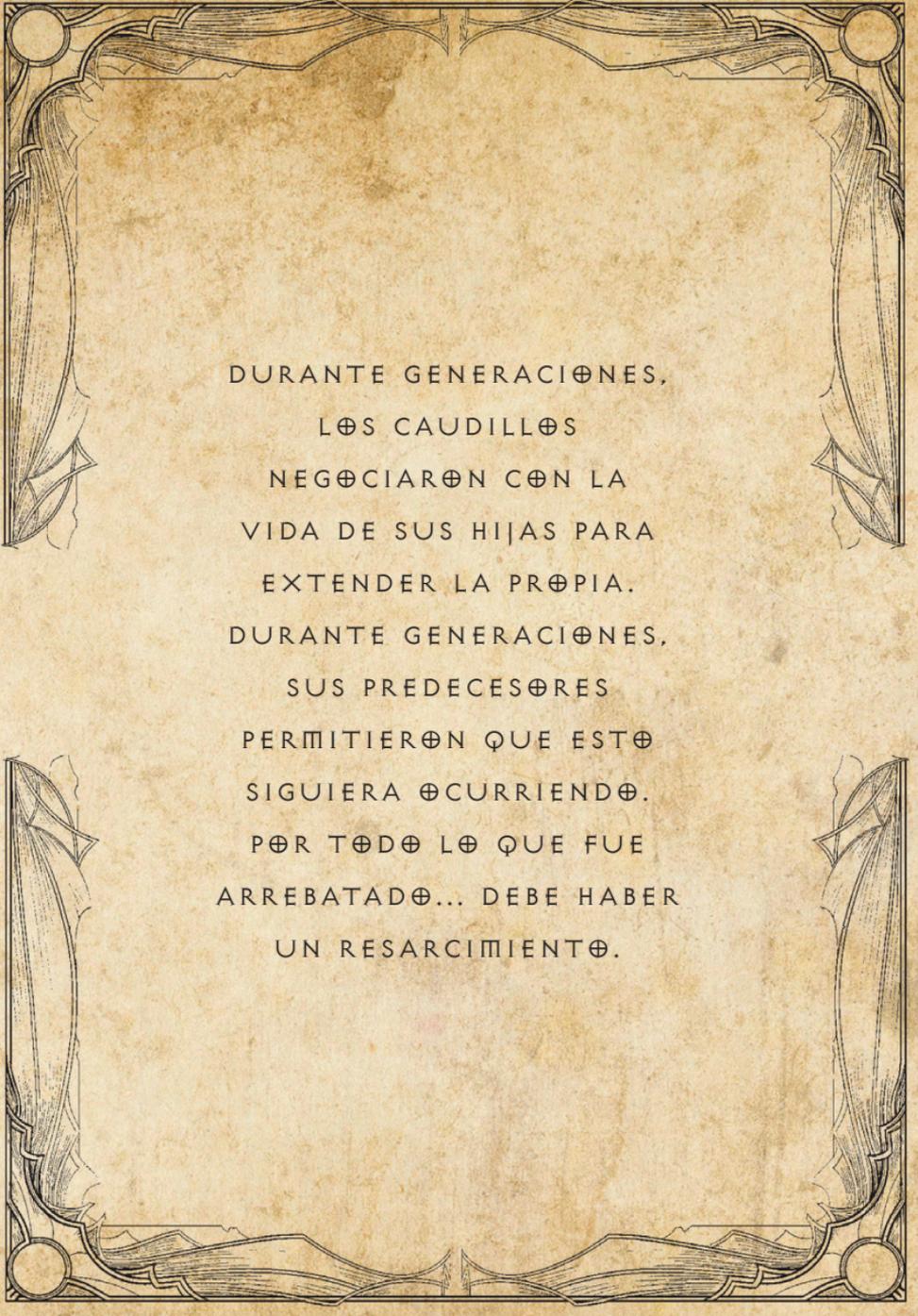
Belith giró la cabeza hacia un costado y fustigó al viejo sargento con la mirada mientras él arremetía por la tarima con el arma en mano. Se detuvo a medio camino cuando Belith levantó el mentón y sacudió la cabeza en dirección a él.

El corazón le explotó en el pecho.

—Pero *nosotras* lo sabemos.

Las otras novias se arrancaron el velo con un aullido. Tenían las cicatrices de los antebrazos limpias y curadas cuando se lanzaron hacia los caudillos.

—E hicimos nuestro propio pacto. Conocimiento prohibido, poder, libertad...



DURANTE GENERACIONES,  
LOS CAUDILLOS  
NEGOCIARON CON LA  
VIDA DE SUS HIJAS PARA  
EXTENDER LA PROPIA.  
DURANTE GENERACIONES,  
SUS PREDECESTORES  
PERMITIERON QUE ESTO  
SIGUIERA OCURRIENDO.  
POR TODO LO QUE FUE  
ARREBATADO... DEBE HABER  
UN RESARCIMIENTO.

Los pobladores reunidos allí miraban en silencio mientras las mujeres de blanco quebraban la armadura de los caudillos y los sacaban de sus caparzones protectores para someterlos a la justicia.

—Todo eso recibiremos por una promesa de servir al Árbol, que comienza con la entrega de tres cabezas que anhela *con ansias*.

Los caudillos no suplicaron misericordia, y las novias tampoco se la concedieron. Instantes después, los cadáveres flácidos de los caudillos yacían en un amasijo de metal, huesos y carne destrozados. Las novias, con las túnicas blancas empapadas de sangre, permanecieron de pie juzgando en silencio y se dirigieron a los acobardados espectadores. Una sombra cayó sobre la tarima y la multitud ahogó un grito. Un cuervo de alas colosales que amenazaba con tapar la luz de la luna volaba por encima de ellos.

—Ustedes son cómplices. —La voz de Belith era suave, pero cruzó el patio como un testamento—. Durante generaciones, los caudillos negociaron con la vida de sus hijas para extender la propia. Durante generaciones, sus predecesores permitieron que esto siguiera ocurriendo. Por todo lo que fue arrebatado... debe haber un resarcimiento.

El cuervo, como en respuesta a sus palabras, cayó del cielo como una flecha y aterrizó sobre el cadáver de uno de los caudillos. Su pico enorme se hundió en el cuello del caudillo y comenzó a destrozarlo. De la multitud se elevaron gritos de terror y declaraciones de negación e inocencia, pero nuevamente fueron silenciados. En unos instantes, el cuervo completó la tarea y luego se elevó hacia el cielo, llevando consigo la cabeza del primer caudillo.

—Hicieron oídos sordos a las súplicas de estas mujeres, a las que sacrificaron para poder vivir a la sombra de la riqueza de los caudillos —bramó Belith. Sus palabras llegaron acompañadas por el chillido penetrante del regreso del cuervo. Se lanzó sobre otro cadáver para cortar los tendones del cuello del segundo caudillo.

Mientras el ave trabajaba, Belith metió la mano en su vestido y reveló dos puñados de incienso. Echó el polvo en el brasero, y una gran nube surgió frente a ella. El cuervo, transportado por zarcillos de humo, partió y se llevó la segunda

cabeza.

—Cuando el cuervo entregue la tercera cabeza al árbol, nuestro pacto con él se sellará. Los conocimientos que los caudillos reunieron a lo largo de sus vidas, su deuda, alimentará al Árbol de los Susurros durante muchos años. Pero en cuanto a la deuda de *ustedes*... —Belith giró las manos en el humo del incienso, lo que pareció hacerlo elevarse todavía más alto hacia el cielo—. Su deuda, la deuda de sangre de sus antepasados, está muy atrasada.

El cuervo regresó, obtuvo su tercera cabeza y se posó en el cielo. Su chillido de victoria resonó en el aire una vez más, pero esta vez se oyó un gran estruendo como respuesta.

La gente congregada allí comenzó a gritar y se dispersó en todas las direcciones, una muchedumbre amorfa que pisoteaba todo y se deshacía en miedo. Las otras novias se habían unido a Belith y volvieron a formar un semicírculo tomadas de la mano, tal como lo hicieron en el pantano cuando juraron servir al árbol.

Las siete novias de la Serpiente hablaron con una sola voz.

—*Ya tomaron su decisión.*

Hubo un desgarramiento de la tierra y una explosión de piedras cuando la Gran Serpiente emergió de abajo de la mansión de los caudillos y se elevó formando espirales tan gruesos como la historia. Permaneció en su lugar, ondulando, mientras las novias gozaban del griterío y se deleitaban con el terror de los pobladores. Pero la Gran Serpiente se limitó a esperar, existiendo en un espacio más allá de la comprensión humana. Había sido invocada mediante una magia magnífica, pero siempre tuvo voluntad propia.

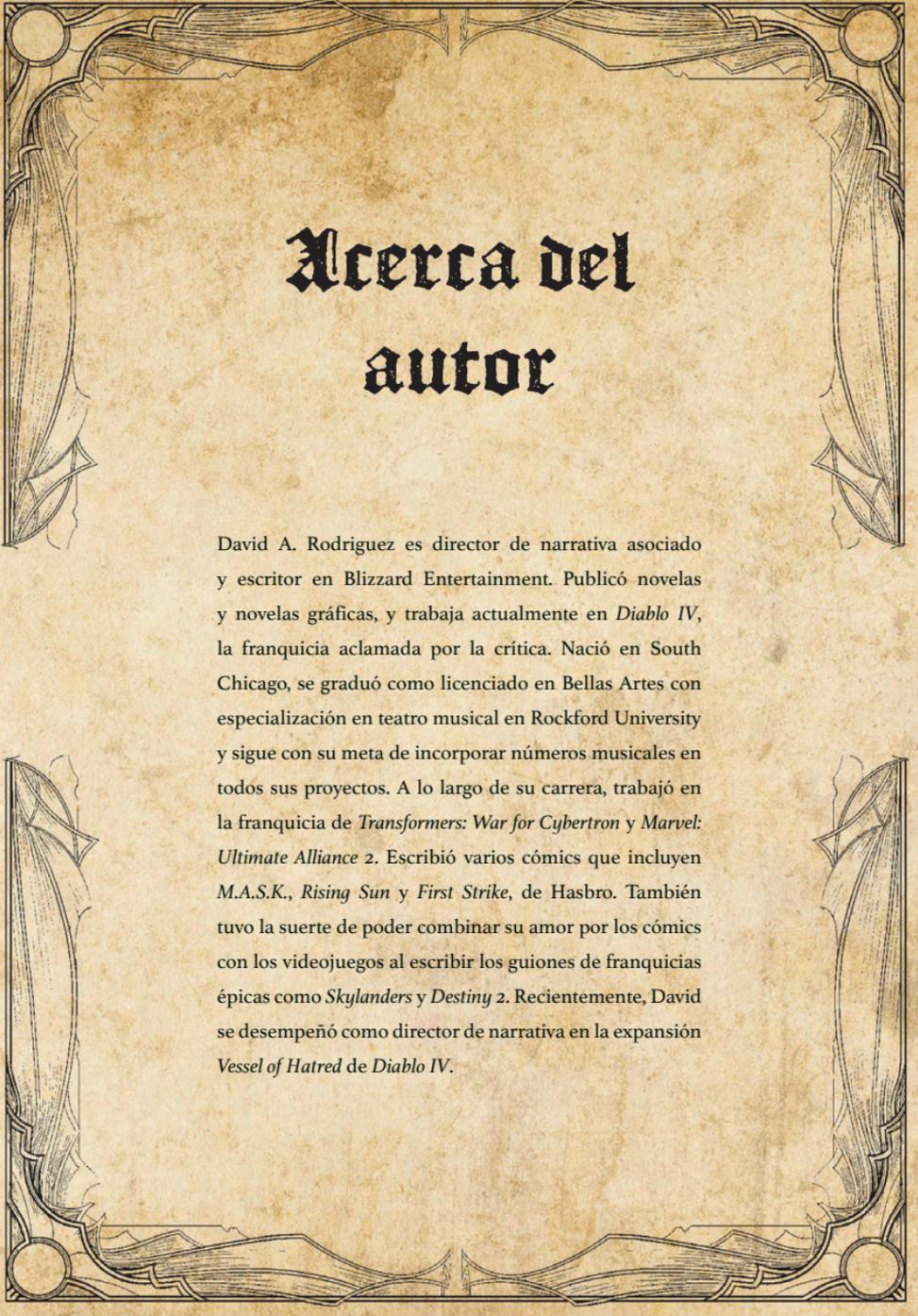
Las siete novias alzaron sus manos unidas hacia el cielo y entonaron con una sola voz y por última vez; sus voces eran un coro de liberación. Después de esto se despedirían. Las siete novias se ganarían su lugar en el pantano y comenzarían a servir al Árbol de los Susurros.

Las llamarían de muchas maneras: miserables, sanadoras, *Anzehir*... brujas. A partir de ese día, las novias y quienes siguieran sus pasos jamás se someterían a los designios de otros.

—*Ahora soy libre de tomar la mía* —gritó Belith.

Con una certeza espantosa, la Gran Serpiente se abalanzó sobre los pobladores mientras el cuervo volaba en lo alto, chillando con aprobación.

Tanto el pueblo como sus caudillos quedaron borrados de la historia... tras lo cual se alzaron las brujas de Hawezar, nacidas entre cenizas y sangre.



# Acerca del autor

David A. Rodriguez es director de narrativa asociado y escritor en Blizzard Entertainment. Publicó novelas y novelas gráficas, y trabaja actualmente en *Diablo IV*, la franquicia aclamada por la crítica. Nació en South Chicago, se graduó como licenciado en Bellas Artes con especialización en teatro musical en Rockford University y sigue con su meta de incorporar números musicales en todos sus proyectos. A lo largo de su carrera, trabajó en la franquicia de *Transformers: War for Cybertron* y *Marvel: Ultimate Alliance 2*. Escribió varios cómics que incluyen *M.A.S.K.*, *Rising Sun* y *First Strike*, de Hasbro. También tuvo la suerte de poder combinar su amor por los cómics con los videojuegos al escribir los guiones de franquicias épicas como *Skylanders* y *Destiny 2*. Recientemente, David se desempeñó como director de narrativa en la expansión *Vessel of Hatred* de *Diablo IV*.